

cuales observé lo que leereis en el capítulo siguiente.

## CAPITULO II.

*En el que continúa la materia del antecedente.*

Pasado el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las pilmamas. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaria esta en los débiles y aturdidos brazos de una muchacha de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la pilmama reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hijo al cuidado de una criatura que no sabia ni podia tenerlo según convenia.

Una ocasion estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas, y la pil-

mama divertida con la niña en el balcon mirando un victor ó no sé qué friolera que pasaba por la calle, se empinó tanto en la verja para ver bien lo que queria, que colgándose demasiado la criatura, cuando quiso no pudo impedir que por su propio peso se le deslizara de los brazos y fuera á dar al suelo, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caido sobre un monton de lana que habian sacado á asolear unas pobres que vivian en la accesoría que caia bajo del balcon.

Este afortunado accidente escapó á la niña de la muerte y de que recibiera el mas mínimo daño.

No corrió igual suerte la infeliz María, que así se llamaba la pilmama, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun despues de tener á su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira mas necia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgrenó, y la dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas, la mata sin remedio.

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pe-

dazos y bañada en sangre, y tomó salir llo-  
rando de aquella funesta casa á curarse á  
la suya, dejando en poder de su ama su  
salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su  
desazon y su imprudencia fueron los que  
arrojaron á su hija del balcon, sino que lo  
atribuyó al descuido de la maldita mucha-  
cha pilmama, como solia decir, y así con-  
forme á este falso juicio, trató de que vi-  
niera otra, porque su hija le pesaba dema-  
siado en los brazos. Para esto la encargó  
por todas partes, teniendo á lo ménos el  
cuidado de solicitarla grande, para que no  
se volviera á repetir la amarga escena del  
balcon.

Es menester decir en este lugar, en ob-  
sequio de la piedad é ilustracion de Eufro-  
sina y sus visitas, que no se olvidó de de-  
dicar á cierto templo un gran retablo re-  
presentativo del milagro tan patente. Di-  
je á cierto templo y no á cierta imágen,  
porque en el retablo estaban pintados di-  
versos santos, según fueron los invocados  
por las visitas; y así despues del pasage  
se trabó entre ellas una disputa tan ridí-  
cula como acalorada acerca del santo que  
habia hecho el milagro; de suerte que ca-

da una lo pedia para su santo, hasta que  
la pluralidad de votos se resolvió que to-  
dos se pintaran en el lienzo, y quedó el  
milagro en opiniones. ¡Contencion pue-  
ril y propia de gentes que tienen poco co-  
nocimiento de su religion! En otro lugar  
explicarémos qué son milagros, cuáles fa-  
vores, quién los hace, y por qué.

En efecto, á los dos dias acomodó Eu-  
frosina á una pardita bonitilla como de  
diez y seis años, muchacha muy viva y  
alegre, que cuando estaba delante de ella,  
que era muy rara vez, hacia á la niña  
mil mimos y zalamerías con que dejaba  
á su madre lela, y la dispensaba esta tanta  
confianza, que la permitia salir á la calle  
cuando se le antojaba, con achaque de  
divertir á la niña.

Cada rato estaba esta empachada sin  
saber porqué. Ya se vé, la pilmama nun-  
ca decia que le daba peritas verdes, tejo-  
cotes, chicharron ni otras porquerías se-  
mejantes; pero así lo hacia, como lo ha-  
cen las muchachas para que la niña no  
llore, para que no se le salte la hiel ó se  
le reviente un ojo. La pobre criatura co-  
mia aquellás golosinas perniciosas con  
la misma indiscrecion con que se las da-

ba la pilmama, y de repente perdía la gana de comer, padecía ansias, licuaciones, calenturas, meteorismos, ó aventazones, y todos los síntomas del infarto.

Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria cancion de: ¡Virgen! ¿Qué tendrá la niña? qué será esto? ¿qué habrá comido? ¿Qué le has dado, Francisca &c.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvía por la junta de médicas, que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de china, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal mil ocasiones no cedia, y era preciso recurrir al médico, quien echaba mano del jarave de durazno, oximiel scilitica, hipecacuana, ruibarbo, tártaro emético y cuantos laxantes, vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, á los que cedia el mal; pero apenas convalecía la niña, cuando recaía; así porque la pilmama no se abstenia de darle porquerías, como porque su estómago quedaba siempre mas débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una pilmama y mañana con otra; y si tan mal le fué en su crianza física al lado de estas, ¿qué sería en su educacion moral? Sin duda debia ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas; esta vengativa, aquella embustera, y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto queria y á enfadarse si no se lo daban pronto; de otras, á levantar la mano para cualquiera; de otras, á pedigüeña; de otras, á remedar á todo el mundo y sacar la lengüita con mofa; de otras, á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas á ser, en cuanto su edad le permitia, la muchacha mas necia, atrevida y malcriada. Bien, que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues á esta la buscó para pilmama, no la primera que encontró, si-

no una niña decente aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni él ni Matilde trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble pilmama los amaba á ellos como padres y á la niña como hermana; y la segunda, que no tenia lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu; lo que fué principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decia el coronel á Matilde: No puede reprobarse el uso de las pilmamas, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso, y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero acontece á las pobres, y lo segundo á las enfermas. Así es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entre-

guen no solo á una muger juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para pilmamas mugeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir, y tal vez un imposible; mas no hay tal. Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome, y dinero que se gaste, no está por demas, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se crée, y se crée mal, que las pilmamas solo deben servir para cargar y divertir al niño, y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocacion hace que se valgan las madres de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó necia, y este equivocado proceder hace que los niños se crien golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto lo demuestra la experiencia cada dia. ¿Cuántas veces vemos á niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas, giotes &c? ¿De dónde pueden adquirir estos males, sino mil veces de las pilmamas enfermas con quie-

nes andan continuamente, duermen, comen, y trasudan?

Ya ves aquí un principio de un mal físico, dimanado de la mala elección de las madres cuando tratan de acomodar pilmamas á sus hijos. Pues de esta mala elección resulta tambien otro principio de mal moral. ¿Qué son por lo comun las pilmamas? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes. Y ¿qué aprenderán los niños con la continuada compañía de una muger llena de vicios, ó de errores ó de todo junto? Seguramente todo, pues en los primeros años tenemos la aprehension muy viva, y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oimos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las pilmamas para que saquen los niños á la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oirlos chillar, tambien es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestion, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan tambien los granos, la sarna y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los

niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza, y golpes de accidente, son los gages que reciben casi siempre de sus buenas pilmamas. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte, y de la indolencia y perfidia de sus pilmamas! Un famoso médico de Edimburgo fué llamado á uña de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años, acometido de un terrible mal que no se conocia. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrado y casi con la convulsion de una mortal alferecía. El médico le aplicó lo mas específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal, y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinazo clavado un fistol hasta la cabeza. ¡Cuál sería entónces su asombro, y cuanto el sentimiento de la madre al saber que la pilmama, por una cruelísima venganza, habia come-

tido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre, yo lo dejo á tu consideracion.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podria tener á dicha; pero son mas frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las pilmamas á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas pilmamas paseadoras, le tocó al niño que llevaba una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio: otra mientras reñia con una muger sobre zelos, puso al niño en el suelo, y pasó sobre él á este tiempo un caballo, y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberian no apartar jamas sus hijos de su vista, y así los tendria mas seguros, mas sanos y mas bien criados.

Volviendo á Eufrosina, digo: que apénas cumplió los tres años su niña, cuando á pretexto de que ya era grandecita y perdía tiempo, la puso en la amiga, y aun procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde acostumbrada á no hacer cosa alguna sin parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le habia dado Eufrosina, á lo que el coronel la contestó de este modo: Hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve á esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su mas completa libertad para prenderse y pasear, es el motivo legítimo que tiene para separar de sí á su criatura; y á tí te aconseja de igual modo, ó para que estés expedita para acompañarla á sus bureos, ó para que tu diversa conducta no la sea una tácita reprension.

Mas yo me hallo muy distante de conformarme con su modo de pensar en la materia. No, no enviaré á mi hija á la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado en que eres buena madre y la quieres mucho, y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella ó privarte de algunas diversiones.

Ya se vé que no, decia Matilde: yo lo haré de muy buena gana; pero me hace

fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar á las niñas á la amiga; porque las he visto enviar mas chiquillas, hasta de dos años; ya se vé ¿qué digo de dos años? si las he visto destetar en la amiga.

Yo no pongo duda en eso, decia D. Rodrigo; pero mientras ménos edad tengan, ménos tiempo es de enviar á las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Sole en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga á quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaria yo que lo dejara en la amiga, porque esto era ménos malo que dejarlo abandonado á su indiscrecion; pero una muger de proporciones como tu hermana no tiene disculpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oírme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignoran-

cia incurren las mas ó todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo á decirte. La constitucion física de los niños en su tierna edad, pide para su robusta formacion respirar el aire mas libre, hacer el mayor ejercicio, y tener el espíritu tranquilo; porque entónces es cuando sus fluidos necesitan de circular con mas rapidez para vigorizar las fibras y que estas se desarrollen sin el menor embarazo: para esto es necesaria la buena digestion y traspiracion, á la que coadyuva, mas que nada, el ejercicio corporal y la quietud del ánimo; lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante posicion le es tan violenta, como natural el estado de la accion y movimiento. En virtud de lo que te digo, mira tú si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

Estoy por convencerme, decia Matilde, estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero

que me expliques ¿cómo es eso de que las criaturas estan sentadas á fuerza y contra la naturaleza, que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situacion les es violenta?

Muy bien, decia el coronel con gran cachaza, dime: ¿Si á tí te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltando todo el dia, lo hicieras de buena gana?

Ni de buena ni de mala, decia Matilde riendo á carcajadas: ¡qué chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapees y sillas de casa lo mismo que una ardilla!—Pero si te hicieran saltar á fuerza, ¿qué habias de hacer? No, no saltara, decia Matilde, aunque me mataran. Vaya, eso es decir, hija, contestaba el coronel, eso es decir; pero el rigor obliga á mucho mas, aun concediéndote esa fortaleza, que no tendrías: los niños no son capaces de ella, porque ni su razon ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas prescindiendo de esta fortísima razon, tú de liso y llano confiesas que te seria muy violento el saltar y brincar todo el dia, y que ni aun oprimida por la fuerza lo harias, ¿no es esto?

Así es, decia Matilde: me seria no solo violento, pero pesadísimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas. Pues has caido, contestaba su esposo: tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el dia para un adulto. Cada edad tiene sus peculiares propensiones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser mas indulgentes con los hombres, y mucho mas con los niños.

Yo convengo con tu parecer, decia Matilde; pero pienso que á pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto ántes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios, y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demas que deben saber segun su clase; y esto creo que debemos hacerlo aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y mas que teman el enojo ó castigo de los maestros; porque no me negarás que el refran antiguo dice que la letra con sangre entra, y la labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

No todos, decía el coronel: es verdad que hay muchos proloquios comunes, que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son no solo ciertísimas, sino recomendables y santas; pero á la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos, que sin mas apoyo que la antigüedad de su origen, han hallado abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preocupación. Uno de estos es el que acabas de citar á favor de tu opinion. ¿Quién te ha persuadido, hija, que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel, y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre á los racionales: el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La experiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, léjos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sin vergüenza y abandonado: al principio teme mucho y se atolondra, despues teme ménos, y se descuida de propósito; y últimamente no teme nada, odia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efect-

to á costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando á criar alas, levanta el vuelo, se subtrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones, y se pierde sin remedio. A estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿no conoces algunos de los que se dice: ya este no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento rigoroso con los niños, y cuán léjos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el dia ya se va conociendo esta verdad, y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios mas pronto, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

En verdad que estoy por convencerme, decía Matilde; pero mis tias, mi hermana y las amigas de mis tias me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar á los niños muy temprano, y tratarlos con la mayor severidad, si no se crían los muchachos malcriados.

Nada mas has hecho, respondió el coro-

mel: nada mas has hecho, que confirmar que estás preocupada en favor de la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tias, y otras personas y viejas tan ridículas é idiotas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin has de adherir á mi opinion, por eso me explico con tanta sencillez; pero no quiero que por amor ó por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razon, la experiencia y la autoridad.

Por la razon debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran, igualándolos al elefante, al perico, al oso, al mono, al caballo, al perro, y á otros brutos, á quienes tambien se enseñan muchas cosas, ó por medio de la industria tenaz, ó por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve, aun quando no se emplean para elio estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razon dicta confirma la experiencia. Tú misma sabes cuántas moneditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni sabia hablar ni enten-

día mejor que ahora lo que la enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendia á hacer mil monerías, y las aprendia á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad: luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños; pues vemos que estos aprenden sin él.

Bien está, decia Matilde; pero si mis tias dicen que no se puede ménos, y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudenciana, porque miéntras mas grande sea, mas trabajo costará que aprenda: ¿qué quieres que yo diga cuando sabes que mis tias son unas señoras muy cristianas, prudentes y sabias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan mas que yó, porque la experiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

¡Válgate Dios por experiencia! decia el coronel: ¡válgate Dios por experiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada! Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor desde tus tiernos años; y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te haya acontecido, ni eres tú sola la que cae en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste; pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educación y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

Ello es un mal mas comun de lo que se crée; y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche, cuesta mucho trabajo abandonarlas: á veces se resiste á toda la persuasión, y entónces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necesidades que te habian inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupacion ó engaño en que vives, es pensar que tus tias y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa, son sabios, y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan comun como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneracion de los mozos; y así se lo debes inspirar á tu hija; porque tal respeto es un homenaje debido á la vejez.

Tambien es cierto que debemos escuchar á los ancianos con atención, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez; y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversacion con hechos indubitables de que tienen suficiente experiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es ménos que estas no son reglas generales; ántes bien tienen mil excepciones. Todos los días y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros . . . . No, decia Matilde: mis tias no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojalá fuera yo como ellas!

No te enojés, hija, respondía el coronel: yo no hablo precisamente de tus tias. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras, y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instruccion; pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será que te den una pedrada por dar á otro, ó que te la disparen con puntería, y el médico que desée curarte se hará cargo de la incision sin necesitar sa-

ber como te dieron la pedrada. ¿No es esto?

Es así, decia Matilde: ya te entendí; pero ¿á qué viene eso? A hacerte ver, respondia D. Rodrigo, que no debemos creer á puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos; y tales hay que sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, segun te acabé de decir, y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate cuantas veces has criticado conmigo las conversaciones de D. Tadeo y D.<sup>a</sup> Sinfrosa.

Bien me acuerdo, decia Matilde; pero si esos señores son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo, y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar mas que su tierra, y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapieses, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los túnics, tápalos, mantillas y cuantos trages se usan en nuestros dias? ¿Ni quién ha de

creer que ántes eran los hombres mas justos y las mugeres mas recatadas que hoy, como nos quiere persuadir D. Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo, y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido, y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

Tambien me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mugeres arregladas: que al variar de vestir, comer &c. se le ha llamado *moda*, y que esta variacion ha sido muy continuada en las mas partes de la tierra, especialmente en la Europa. . . . En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo; pero he quedado asegurada de que Don Tadeo es un tonto, y la buena vieja de su muger otra simple.

No me disgusta ese concepto que te has formado de ellos, decia el coronel: porque el hombre ó muger que por capricho, pasion ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto.

Pero dime: qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Este á lo ménos no te deberá tan mal concepto.